

— Lá, lá, lá, — hijo Eustaquio. — ¡ Calma !
Eso le domará.

— ¡ Pues me gusta ! Díganme ustedes, ¿ así se arrojan aquí hombres por la ventana ? — dijo un oficial entrando. — ¡ Qué diablo ! Cuando uno se entrega á esa clase de chanzas, á lo menos debería gritar : ¡ Allá va eso !

— ¡ El señor de Loignac ! — exclamaron unas veinte voces.

— ¡ El señor de Loignac ! — repitieron los cuarenta y cinco.

Y á este nombre, conocido por toda la Gascuña, todos se levantaron y guardaron silencio.

IX.

El señor de Loignac.

Detrás de Loignac entró á su vez Miltor, molido de su caída y amaratado de cólera.

— Servidar, señores, — dijo Loignac ; — mucho ruido hacemos, á lo que parece. ¡ Ah ! ¡ ah ! Miltor se ha hecho aún el arisco, al parecer, y su nariz se resiente de ello.

— Ya me pagarán mis golpes, — dijo entre dientes mostrando el puño á Carmainges.

— Sirva usted la comida, maese Fournichón, —

gritó Loignac, — y que cada uno sea amable con su vecino, si es posible. Desde este momento, se tratará de amarse unos á otros como hermanos.

— ¡Hum! — hizo Santa Maline.

— La caridad es rara, — dijo Chalabre, extendiendo una servilleta sobre su ropilla gris de hierro, para que no le sucediese ningún percance, cualquiera que fuese la abundancia de las salsas.

— Y amarse tan de cerca es difícil, — añadió Ernautón; — verdad es que no estaremos juntos largo tiempo.

— ¡Vean ustedes! — exclamó Pincornay que aun tenía sobre el corazón las burlas de Biran; — se burlan de mí porque no traigo sombrero, y no dicen nada al señor de Moncrabeau que se va á poner á la mesa con una coraza del tiempo del emperador Pertinaz, de quien él descende según todas las probabilidades... ¡Lo que es la defensiva!

Moncrabeau, picado de la chanzoneta, se enderezó y con una voz de falsete:

— Señores, — dijo, la quito; aviso á los que gustan más verme con armas ofensivas que con armas defensivas.

Y desenlazó majestuosamente su coraza haciendo

una seña á su lacayo, hombre grueso y canoso de unos cincuenta años, para que se acercase.

— ¡Vamos! paz! paz! — dijo el señor de Loignac, — y sentémonos á la mesa.

— Ruego á usted que me desembarace de esta coraza, — dijo Pertinaz á su lacayo.

El hombre grueso se la tomó de la mano.

— Y yo, — le dijo en voz baja, — ¿no voy á comer también? Manda que me traigan alguna cosa, Pertinaz, que estoy muerto de hambre.

Esta interpelación, por extrañamente familiar que fuese, no excitó ningún asombro en aquel á quien se dirigía.

— Haré lo posible, — respondió; — pero, para más seguridad, ingéniense usted por su lado.

— ¡Hum! — hizo el lacayo con un aire mohino; — ¡hé ahí una cosa nada satisfactoria!

— ¿No le queda á usted absolutamente nada? — preguntó Pertinaz.

— Hemos comido nuestro último escudo en Sens.

— ¡Diantre! Trate usted de hacer dinero de alguna cosa.

Apenas había acabado, cuando oyó gritar en la calle, y luego en el umbral de la hostería:

— ¡Marchante de hierro viejo! ¿Quién quiere vender su hierro viejo?

Á ese grito la señora Fournichón corrió hacia la puerta, mientras que Fournichón transportaba majestuosamente los platos á la mesa.

Á juzgar por la acogida que le hicieron la cocina de Fournichón debía de ser exquisita.

Fournichón, no pudiendo hacer frente á todos los cumplimientos que le dirigían, quiso admitir á su mujer á participar de ellos.

Buscóla con la vista, pero inútilmente; había desaparecido.

La llamó.

— ¡Qué es lo que está haciendo? — preguntó á un marmitón viendo que no venía.

— ¡Ah! señor amo, un trato de oro, — respondió éste. — Quiere vender todo el hierro viejo por plata nueva.

— ¡Espero que no se tratará de mi coraza de guerra ni de mi capacete de batalla! — exclamó Fournichón lanzándose hacia la puerta.

— ¡Que no! ¡que no! — dijo Loignac; — puesto que está prohibida por real orden la compra de armas.

— No importa, replicó Fournichón; — y corrió hacia la puerta.

La señora Fournichón volvía á entrar triunfante.

— ¡Y bien! ¿qué tienes? — preguntó á su marido al verle todo asustado.

— Tengo que me advierten que vendes mis armas.

— ¡Y qué?

— ¡Que yo no quiero que se vendan!

— ¡Bah! Ya que estamos en tiempo de paz, más valen dos cacerolas nuevas que una vieja coraza.

— Sin embargo debe ser un comercio bastante pobre el del hierro viejo, después de ese edicto del rey de que acaba de hablar el señor de Loignac, — dijo Chalabre.

— Al contrario, señor, — dijo la señora Fournichón, — y hace largo tiempo que ese mismo marchante me tentaba con sus ofertas. Hoy no he podido resistir, á fe mía, y como se presentaba de nuevo la ocasión, la aproveché. Diez escudos, señor, son diez escudos, y una vieja coraza nunca es más que una vieja coraza.

— ¡Cómo diez escudos! — exclamó Chalabre, — ¡tan caro como todo eso? ¡Diablo!

Y se quedó pensativo.

— Diez escudos, — repitió Pertinaz echando una ojeada elocuente á su lacayo. — ¿ Lo oye usted, señor Samuel ?

Pero el señor Samuel ya no estaba allí.

— ¡ Con que sí ! — dijo el señor de Loignac ; — pero ese marchante se expone á que lo cuelguen.

— ¡ Oh ! Es un hombre honrado, muy dulce y de muy buen acomodo, — repuso la señora Fournichón.

— ¿ Pero qué es lo que hace de toda esa morralla ?

— La revende al peso.

— ¡ Al peso ! ¿ y dice usted que le ha dado diez escudos ? ¿ por qué ?

— Por una coraza y una celada viejas.

— Suponiendo que pesasen veinte libras entre las dos, sale á medio escudo la libra. ¡ Parfandious ! como dice cierto conocido mío, eso encierra algún misterio.

— ¡ Que no pueda yo ver á ese honrado marchante por mi castillo ! — dijo Chalabre cuyos ojos se inflamaron. — Le vendería yo por tres millares de peso en yelmos, brazaletes y corazas.

— ¡ Cómo ! ¿ Vendería usted las armaduras de sus antepasados ? — dijo Santa Maline con tono burlón.

— ¡ Ah ! caballero, — añadió Eustaquio de Miradoux, — haría usted muy mal ; esas son reliquias sagradas.

— ¡ Bah ! Á estas horas, mis antepasados son reliquias ellos mismos, y no tienen necesidad de misas.

La comida se iba animando, gracias al vino de Borgoña cuyo consumo aceleraban las especias de Fournichón.

Las voces iban subiendo á un diapasón superior, los platos sonaban, los cerebros se llenaban de vapores, á través de los cuales cada gascón lo veía todo de color de rosa, excepto Militar, que pensaba en su caída, y Carmainges, que pensaba en su paje.

— ¡ Hé ahí nuestra gente alegre ! — dijo Loignac al de su lado, que era precisamente Ernaudón ; — y no saben por qué.

— Ni yo tampoco, — respondió Carmainges ; — verdad es que, por lo que á mí toca, soy la excepción, pues no estoy migaja alegre.

— Hacéis mal, caballero, — replicó Loignac ; —

porque sois de aquellos para quienes París es una mina de oro, un paraíso de honores, un mundo de felicidades.

Ernautón meneó la cabeza.

— ¡ Y bien ! ¡ veamos !

— No os burléis de mí, señor de Loignac, — dijo Ernautón; — y ya que parecéis tener todos los hilos que hacen mover á la mayor parte de nosotros, hacedme á lo menos la gracia de no tratar al vizconde Ernautón de Carmainges como á un cómico de palo.

— Aun os haré otras gracias más que esa, señor vizconde, — dijo Loignac inclinándose con urbanidad; — os he distinguido entre todos á la primera ojeada, á vos cuya mirada es fiera y dulce, y á ese otro joven que está allí abajo, cuyo ojo es disimulado y sombrío.

— ¿ Cómo le llamáis ?

— El señor de Santa Maline.

— ¿ Y la causa de esa distinción, caballero ? si no es demasiada curiosidad de mi parte.

— Porque os conozco, y nada más.

— ¡ Á mí ! — replicó Ernautón sorprendido; — ¿ me conocéis á mí !

— Á vos y á él; y á todos cuantos están aquí.

— Es extraño.

— Sí, pero es necesario.

— ¿ Por qué es necesario ?

— Porque un jefe debe conocer á sus soldados.

— Y todos estos hombres...

— Serán mis soldados mañana.

— Pero creía que el señor de Epernón...

— ¡ Chut ! No pronunciéis ese nombre aquí, ó más bien no pronunciéis ningún nombre. Abrid los oídos y cerrad la boca, y supuesto que he prometido haceros otras gracias, tomad desde luego este consejo á cuenta.

— Gracias, caballero, — dijo Ernautón.

Loignac limpió su bigote, y levantándose:

— Caballeros, — dijo, ya que la casualidad reúne aquí cuarenta y cinco compatriotas, bebamos un vaso de este vino de España á la prosperidad de todos los presentes.

Esta proposición fué acogida con aplausos frenéticos.

— Están borrachos la mayor parte de ellos, — dijo Loignac á Ernautón; — sería precioso este

momento para hacer á cada uno contar su historia, pero nos urge el tiempo.

Luego levantando la voz :

— ¡Hola! maese Fournichón, — añadió, — haga usted salir de aquí todo lo que es mujeres, chiquillos y lacayos.

Lardilla se levantó renegando, pues aun no había acabado sus postres.

Militor no se movió.

— ¿Me han oído por ahí abajo? — dijo Loignac con una mirada que no sufría réplica... — ¡Vamos, vamos! á la cocina, señor Militor.

Al cabo de algunos instantes no quedaban en la sala más que los cuarenta y cinco convidados y el señor de Loignac.

— Señores, cada uno de vosotros sabe quién le ha hecho venir á París, ó cuando menos lo presume... ¡Bueno, bueno! ¡no digáis su nombre! Lo sabéis, y esto basta... También sabéis que habéis venido para obedecerle.

Un murmullo de asentimiento se levantó de todos los puntos de la sala, sólo que como cada uno sabía únicamente lo que le concernía, é ignoraba á lo que

había venido su vecino, todos se miraron con asombro, movidos por la misma curiosidad.

— ¡Está bien! — dijo Loignac. — Ya os miraréis más tarde, caballeros. Perded cuidado, que ya tendréis tiempo para conoceros. ¿Habéis pues venido para obedecer á ese hombre? ¿lo reconocéis así?

— ¡Sí! ¡sí! — gritaron los cuarenta y cinco; — ¡lo reconocemos!

— Pues bien; para comenzar, — continuó Loignac, vais á salir sin ruido de esta hostería para venir al alojamiento que se os ha designado.

— ¿Á todos? — preguntó Santa Maline.

— Á todos.

— Nosotros somos todos llamados, todos somos iguales aquí, — continuó Perducas, cuyas piernas estaban tan vacilantes que, para conservar su centro de gravedad, le fué preciso echar un brazo al cuello de Chaladre.

— ¡Tenga usted cuidado! — dijo éste; — ¡me arruga usted mi ropilla!

— Sí, todos iguales, — repuso Loignac, — ante la voluntad del amo.

— ¡Oh! ¡oh! caballero, — dijo Carmainges

sonrosándose; — perdonad, pues no se me había dicho que el señor de Epernón se llamaría mi amo.

— Aguardad.

— No es eso lo que yo había entendido.

— ¡ Aguardad, os digo, maldita cabeza !

El mayor número de los presentes guardó un silencio curioso, y algunos otros un silencio impaciente.

— Aun no os he dicho quién sería vuestro amo, caballeros.

— Sí, — replicó Santa Maline; — pero habéis dicho que tendríamos uno.

— Todos tienen uno, — exclamó Loignac; — pero si sois demasiado orgulloso para reparar en lo que acabáis de decir, buscad más alto; no solamente no os prohibo, sino que os autorizo á ello.

— El rey, — murmuró Carmainges.

— ¡ Silencio ! — dijo Loignac; — habéis venido aquí para obedecer, por consiguiente obedeced; entretanto, hé aquí una orden que vais á hacerme el gusto de leer en voz alta, señor Ernautón

Ernautón desdobló lentamente el pergamino que le alargaba el señor de Loignac, y leyó en voz alta:

« Ordeno al señor de Loignac que vaya á tomar,

» para mandarlos, á los cuarenta y cinco caballeros
» que he mandado venir á París, con el consentimiento de S. M. »

NOGARET DE LA VALETTE,
duque de Epernón.

Borrachos ó hartos, todos se inclinaron; no hubo desigualdades más que en el equilibrio, cuando tuvieron que levantarse.

— Así, ya me habéis oído, — dijo el señor de Loignac. — Se trata de seguirme en este mismo instante. Vuestros equipajes y criados quedarán aquí, en casa de maese Fournichón, que cuidará de ellos, y adonde más tarde haré que los vengán á tomar; pero, por ahora, apresuraos; las lanchas están aguardando.

— ¡ Las lanchas ? — repitieron todos los gascones. — ¡ Conque vamos á embarcarnos ?

Y cambiaron entre sí miradas hambrientas de curiosidad.

— Sin duda que vais á embarcaros, — dijo Loignac. — ¡ No hay que pasar el río para ir al Louvre ?

— ¡ Al Louvre ! ¡ al Louvre ! — murmuraron los

gascones gozosos. — ¡ Cap de Bious ! ¡ vamos al Louvre !

Loignac se separó de la mesa, hizo pasar por delante de él á los cuarenta y cinco, contándolos cual si fueran carneros, y los condujo por las calles hasta la torre de Nesle.

Allí se hallaban tres grandes lanchas, que tomaron á bordo quince pasajeros cada una, y se alejaron al punto de la orilla.

— ¿ Qué diablos vamos á hacer al Louvre ? — se preguntaron los más intrépidos, despejados ya sus cascos por el frío del río, y la mayor parte de ellos muy mezquinamente vestidos.

— ¡ Si á lo menos tuviera yo mi coraza ! — murmuró Pertinaz de Moncrabeau.

X.

El hombre de las cerazas.

Mucha razón tenía Pertinaz en sentir la ausencia de su coraza, porque precisamente en aquella hora, por el intermedio del singular lacayo que hemos visto hablaba con tanta familiaridad á su amo, acababa de deshacerse de ella para siempre.

En efecto, al oír aquellas palabras mágicas pronunciadas por la señora Fournichón : « diez escudos, » el lacayo de Pertinaz echó á correr tras del marchante.